Viernes Santo.—El Oficio matinal de este día se celebra en el Calvario, cuya capilla llénase de católicos, un rato antes de la piadosa función. El P. Bucelli hace de Evangelista, y con voz entera, que los años y la predicación no han descolorido todavía, canta el *Passio* de San Juan: «*En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos hacia la otra parte del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el que entró Él y sus discípulos.*» El silencio es sepulcral, nadie pierde una palabra del sagrado libro. Vemos con el evangelista la escena de Judas el traidor, la de San Pedro, tan valiente al desenvainar la espada en el huerto, como débil en el átrio de la casa de Anás. Vemos al buen Jesús en la casa de Pilato, le vemos azotado y coronado de espinas, pospuesto á Barrabás y condenado á muerte en cruz; mas á aquellas palabras que sentían las rocas del Calvario: *Et bajulaus sibi crucem, exivit in eum qui dicitur Calvariæ locum,* la sonora voz del evangelista entúrbiase á la fuerza del sentimiento, y quedó tan conmovido que no le fué posible cantar más, sino llorando y gimiendo, llenáronse de lágrimas todos los ojos y, una explosión de llantos silenciosos y unánimes, hasta la última frase del *Passio,* hizo resonar aquellas bóvedas sagradas y aquella roca del Gólgota, que tantos lloros ha escuchado desde aquel día en que el dolor la abrió hasta el fondo de sus entrañas; desde aquella hora en que lloraban con María y Juan los más fieles discípulos del Crucificado.

Via-Crucis.—Hoy es verdaderamente día de lágrimas; los que lloran de devoción al hacer el *Via-Crucis* en nuestros templos, ¡cómo llorarían al hacerla todos los viernes del año por las calles de Jerusalem, empedradas tal vez con las mismas piedras que besaron los pies, las manos y el rostro ensangrentado de Jesucristo, caundo cayó cinco veces llevando la pesada cruz sobre sus hombros! ¡Cómo llorarían al practicarlo hoy con nosotros, en el día y en las horas en que se cumplieron los misterios de nuestra redención!

La primera Estación se hace sobre las ruínas del Pretorio de Pilato, que vienen á dar en medio del patio de un cuartel. Allí delante de la cruz que lleva un lego, un P. Franciscano francés, subiendo sobre una silla, dirígenos una exhortación. Los soldados turcos, al llegar nosotros, nos han abierto paso y nos miran con una gravedad y un respeto que en vano sería esperar de un pueblo del Mediodía de Europa. Bajo este punto de vista, los bárbaros somos nosotros y ellos los civilizados.

De allí salimos en dirección á las calles más transitadas de Jerusalem; á una señal del genízaro del convento, los transeuntes de á pié y de á caballo páranse respetuosamente, por mucha prisa que lleven, dejándonos arrodillar y besar la tierra. En los puntos de tránsito el P. Predicador abrevia la plática, y los doscientos católicos abreviamos también nuestras devociones.

Las Estaciones están señaladas con una cruz sencillamente grabada en la piedra, que una vez he visto al Padre limpiarle las salivas de los judíos irreverentes, á quienes Dios perdone é ilumine. Desde allí vamos al altar de la Crucifixión, al Calvario y al Santo Sepulcro.

Aquí volvimos á las seis de la tarde en procesión más solemne pero semejante á esta. La componen toda la comunidad de San Salvador, los sacerdotes y los católicos que se encuentran en Jerusalem. Salimos con cirios encendidos de la capilla de la Virgen hacia el altar de la División de las vestiduras y al de los Improperios, desde donde subimos al Calvario.

En el altar de la Crucifixión colócase una imagen de miembros flexibles en la cruz, que se levanta sobre la misma roca del Calvario. No era necesario allí sermón de agonía, pues bien lo predicaban el lugar sagrado, el día y sobre todo la divina imagen extendiendo al mundo los brazos desde la cruz; mas un reverendo franciscano hízonos una breve y sentida plática, empezándose después de ella la patética escena del Descendimiento de la Cruz. Quitaron á la sagrada imagen la corona de espinas, con unas tenazas arrancaron los clavos de sus manos y pies, que sostenían con blancas toallas, y fueron á extenderla cubierta con un sudario sebre la piedra de la Unción, donde la rociaron con esencias y ofreciéronle incienso. En esta procesión pronúnciense siete sermones en siete lenguajes, y aquí delante de la piedra de la Un-

ción, que dá frente á la grande entrada del templo, predícase en árabe. El auditorio de moros es grande; acuden á oir hablar de Jesucristo, y el orador puede decir en su honor todo cuanto quiera, puede ponerlo, si le place, en lo más alto del cielo y sobre todos los santos, patriarcas y profetas; mas guárdele Dios de compararle con Mahoma, pues correría peligro de que lo echasen púlpito abajo.

La devota y patética función acabóse en el Santo Sepulcro, delante del cual el simpático P. Ventura de Jaffa, que ya había predicado en turco, nos hizo escuchar la sonora, galana y armoniosa lengua de Cervantes.

Plaza de los lloros de los Judíos.—Esta tarde hemos aprovechado un momento libre de ocupaciones, después de comer, para ir á verla. Más que una plaza es un corredor de doce metros de largo, por cuatro de ancho, situado delante de la única pared que resta del templo de Salomón. Los sillares, que son enormes, en las primeras hileras están muy bien escuadrados, mas van disminuyendo de tamaño hacia arriba, terminando con un trozo edificado en la época musulmana.

Por un suceso que verdaderamente parece providencial, todos los viernes del año menos uno, por la tarde, los más fervorosos judíos de la ciudad, relevándose unos á otros, van allí á leer las Lamentaciones de Jeremías y los Salmos de David. Leen derechos ó

acurrucados en tierra, moviendo la cabeza como acostumbran los orientales. He visto algunos lagrimeando y gimiendo sin pronunciar una palabra, con la cabeza sobre las piedras desnudas é introduciendo las manos convulsivas entre sus junturas como para abrazar y cubrir de besos y de lágrimas aquel pedazo de muro, que es todo lo que les queda de su glorioso reinado, de su patria y de su templo.

¡Pobres hijos de Abraham! Desde que Jesucristo, con la cruz al hombro, dijo á las hijas de Jerusalem: *No lloréis sobre mí, llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos,* lloran ellos; mas como un viajero observa, sus lágrimas son estériles, porque no es el arrepentimiento el que se las arranca.

A veces el Rabino entona este cántico que parece allí la letanía del dolor:

Rabino.—A causa de estar derrumbado nuestro palacio:

Pueblo.—Nosotros yacemos solitarios y lloramos.

R.—A causa de estar el templo destruído:

P.—Nosotros etc.

R.—A causa de que sus muros han caído:

P.—Nosotros etc.

R.—A causa de nuestra pasada grandeza:

P.—Nosotros etc.

R.—A causa de que nuestros grandes hombres han muerto:

P.—Nosotros etc.

R.—A causa de que nuestros sacerdotes han claudicado:

P.—Nosotros etc.

R.—A causa de que han sido menospreciados nuestros reyes:

P.—Nosotros yacemos solitarios y lloramos.

Sábado Santo.—Los PP. Franciscanos abrevian hoy las funciones públicas para dejar el templo más sagrado del mundo á la ridícula función ó profanación de los griegos, denominada el Fuego Sagrado. El Santo Sepulcro (vergüenza dá el decirlo) ha tomado la forma de teatro con sus palcos y galerías. Los griegos, poseedores de la mayor parte de la Basílica, alquilan á altísimo precio sus tribunas y sus intercolumnios, donde forman andamios con tablones. Allí se colocan las mujeres, niños y gente delicada. Los hombres, griegos, armenios y coptos, ocupan la grada de la iglesia, divididos en dos círculos concéntricos por dos filas de soldados turcos que, estando á la mira por si es necesario, abren un pasadizo alrededor del Santo Sepulcro. La devoción ha huído rato ha: la algazara de nuestras plazas de toros llena aquellas bóvedas que guardan lo más santo y sagrado de la tierra. Se come como en casa, se conversa como en la calle, se ríe y se juega como en una feria, y abajo los hombres se agitan, se mueven de aquí para allá, corren, se amontonan subiéndose unos sobre los

hombros de los otros. Aparece el patriarca griego seguido de dos largas hileras de popes, dá tres vueltas al santo tabernáculo y se mete en él solo, quedándose la comitiva rogando al cielo descienda sobre él el Fuego Sagrado. No tarda en salir un haz de antorchas por un agujero abierto en la pared de mármol, y una oleada de locura pasa por sobre la multitud. El primero que ha recibido el fuego comprado á gran precio, está en mangas de camisa, como preparado á revenderlo bien, pasa por sobre la turba, agrupada á su alrededor; enviando á sus consocios el sagrado elemento, que sube por un hilo como una chispa eléctrica á un balcón de la cúpula donde se hallan los representantes de Grecia, pasa á las galerías, entra en las capillas y sale de allí para ser remitido á los vecinos pueblos donde hay comunidades cismáticas. El Patriarca, que lo ha hecho bajar del cielo, sale del Santo Sepulcro, agitando dos hachas encendidas que entrecruza y levanta al aire triunfante. Los popes y fanáticos fieles encienden sus candelas, y el magestuoso templo parece arder como un brasero, prorrumpiendo todos en una gritería salvaje é infernal. Los hombres corren enloquecidos entre el fuego purificador, tomándoselo los unos á los otros y pasándoselo por la barba, cuello y pecho, y las mujeres, más supersticiosas todavía, les imitan pasando la bendita llama por sus caras y por la de sus hijitos, que lloran espantados como deben hacer los ángeles guardianes del Santo Sepulcro.

Confieso que yo hubiera huído horrorizado desde

el principio si hubiese encontrado la puerta abierta y el paso libre, pues temía que Dios, insultado y escarnecido en su mismo tabernáculo y en los más sagrados días del año, enviase un castigo de aquellos que para ejemplo encontramos en la historia. ¡Cuán grande es la paciencia de Nuestro Señor Jesucristo!

Pascua.—Este es el día que ha hecho el Señor; alegrémonos con Él. La fiesta de la Resurrección es alegre en todo el mundo, pero en ninguna parte tanto como aquí en Jerusalem. Las campanas de la santa Basílica desvelan á primera hora la ciudad dormida y el canto de *Alleluia*, saliendo de entre los muros de la ciudad de David, resuena en las montañas de Judea, y el triste valle de Josafat, lleno de sepulcros, se extremece al recibir la dulce nueva de que ha resucitado Aquel que ha de presidir en él la gran Resurrección.

A ejemplo de las piadosas Marías, al rayar la aurora bajamos al Santo Sepulcro á adorar las losas que habían guardado treinta y tantas horas el cuerpo del Divino Crucificado, y sobre todo á adorarle á Él libre ya por siempre de las cadenas de la muerte.

Los griegos y los armenios han celebrado sus oficios de noche, siguiendo la costumbre oriental, y antes de que amaneciera han abandonado la Basílica dejando desiertas sus capillas, que no tardan á llenarse de católicos. Entre ocho y nueve se canta el Oficio de Resurrección con una solemnidad y magnificencia

orientales. ¡Cómo hace latir el corazón, en la tan inspirada como irregular *Sequentia*, el diálogo entre los Apóstoles y María Magdalena!

—Dinos, María,
dinos, qué has visto en el camino?
—He visto el sepulcro de Cristo viviente
y la gloria del Resucitado:
los Ángeles celestiales testigos,
su sudario y blancas vestiduras.
Ha resucitado Cristo, mi esperanza.—

Acabado el Oficio se da la vuelta por tres veces en solemne procesión á la sagrada Sepultura, deteniéndose en diferentes sitios para cantar los fragmentos del Evangelio que cuentan las primeras apariciones de Nuestro Señor Jesucristo.

Por poco ó nada que valga quiero notar la tradición siguiente: Viniendo de los Oficios del Santo Sepulcro hoy he advertido que en todas las tiendas de comestibles, moras ó cristianas, vendían huevos pintados de rojo. He preguntado la razón de esto y me dicen que una vez los judíos dieron á unos niños unos cuantos huevos para tirárselos á Jesucristo cuando pasara; pasó, y los niños al ir á arrojarle los huevos, los encontraron pintados de color de sangre, y tomándolo como un aviso del cielo, asustados, los devolvieron á los judíos. La costumbre de vender por Pascua huevos rojos bendecidos, dícese que también se sigue en Italia y en otras partes.

Emmaús, 26 Abril.

Todos los años, al día siguiente de Pascua, algunos Padres Franciscanos de Jerusalem vienen en peregrinación á este pueblo bendecido en este día por la presencia de Jesucristo. Nosotros nos unimos al acompañamiento compuesto de pobres peregrinos alemanes. Salimos por la puerta de Jaffa, siguiendo las huellas de los dos discípulos que partían tristes de Jerusalem, temiendo que con Jesucristo en el Calvario, hubiese muerto por siempre su religión divina. Cuenta la tradición que el celestial peregrino se les hizo encontradizo hacia la fuente Aïn-Beit-Hoûlmeh, que da su hilo de agua al torrente de Teberinto. Nosotros no tuvimos la fortuna de encontrar á Jesucristo, sino un enjambre de muchachos del vecino pueblo que nos siguió amorosamente pidiéndonos *bakchiches*, y viendo que no les dábamos tantos como querían, nos enviaron una lluvia de piedras, acompañada de vocablos secos y guturales, que por suerte no entendíamos, pero que debían valer por dos ó tres piedras cada uno. Yo, francamente, lo tomé como juego ó travesura de niños, más que como odio. Hay más odio en la temerosa é hipócrita, á la vez que provocativa mirada de los judíos, que en las pedradas de los niños mahometanos.

Con qué gusto caminábamos, recordando la conversación de Cleofás y su compañero y la que tuvie-

ron con el divino Maestro, disfrazado de peregrino en el camino aquel que aún se conoce con el nombre de Camino de los discípulos: «*¿Qué es eso de que habláis caminando y cómo estáis tan tristes? Respondió Cleofás: ¿Vos sois tan extranjero en Jesusalem que no sepáis nada de lo ocurrido estos dias? ¿Qué? pregunta Él. ¿Qué? respondieron, de Jesús de Nazareth, que ha sido un profeta poderoso en palabras y obras delante de Dios y el pueblo. ¿Y cómo los buenos sacerdotes y los príncipes le han condenado á muerte y le han crucificado? Nosotros esperábamos que hubiera rescatado á Israel. No obstante, después de todo esto, ya han pasado tres dias que esas cosas son pasadas. Es verdad que algunas mujeres de los que estaban con nosotros nos han espantado, pues habiendo ido antes de amanecer al sepulcro y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron contándonos que han visto ángeles que dicen que Él vive aún. Y algunos de los nuestros, habiendo ido al momento, han encontrado las cosas como ellas dijeron, mas á Él no le han hallado. Entonces Él les dijo: ¡Oh insensatos y tardios de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que Cristo sufriese todo eso para entrar en su gloria? Y comenzando por Moysés y todos los profetas, les explicaba todas las escrituras que*

se referian á Él. Y se acercaron al castillo donde iban y Él parecia querer ir más lejos. Y ellos le obligaron á detenerse, diciendo: quedaos con nosotros, pues se hace de noche, advesperascit.»

También á nosotros nos anochece recordando esta conversación divina en el mismo camino donde se tuvo, á orillas de esos mismos campos y peñascales que la escucharon. Hasta las flores parecen las mismas, las palomillas ostentan su rojo color entre los panes; las achicorias amarillean en las umbrías; los pájaros cantan en los olivos la misma canción, dándonos las *buenas noches* que darían á Jesucristo y á sus discípulos al verles pasar. ¿Quién sabe si esas márgenes de campo, esas orillas de camino rozaron su aérea túnica; quién sabe si esos mismos cantos besaron aquellos piés sagrados á los que ya no podían hacer daño?

Hoy, desde las cuatro hasta las ocho, se celebraron misas en la devotísima iglesia de Emmaús; después, por la voz clara y bien entonada del P. Lector, de San Salvador, oímos cantar el hermosísimo Evangelio del día, que pudieron oir aquellos conventos y cumbre de sierra, lugares testigos de la escena. Después hemos visto con gusto el convento construído por la terciaria de San Francisco, Condesa de Nicolai. ¡Magnífico lugar de reposo para un alma muerta á las vanidades del mundo! ¡Cuánta soledad! ¡Cuánta paz, cuánta delicia! Rodea el grandioso edificio una

huerta llena de árboles floridos, que tienen á los pies un jardín también floreciente. Las flores que encuentro conocidas son, la reina de todas, la rosa, la encendida amapola, la primavera, el clavel, el alelí, la flor de todos los meses y la anémona, que llaman aquí *gota de sangre*, quizás por haberla bebido adorando los ensangrentados piés de nuestro Salvador!

Hace unos cuantos años, removiendo un lego del convento las piedras de la huerta, surgieron las enterradas ruínas de una gran iglesia, construída por los cruzados, de la cual restan aún las paredes del ábside, hasta diez ó doce palmos de piedra labrada; los zócalos de tres columnas de un lado y uno de la otra banda. Lo restante de aquella parte, que era pared maciza, se cree que fué de la casa de Cleofás, enclavada en el templo. En esta casa sería probablemente el aposento en que Jésucristo se daría á conocer á los dos discípulos *in fractione panis*. Allá á la orilla blanquean también los cimientos de un monasterio, sobre el que viven seculares olivos.

Los más de los peregrinos que acompañamos son alemanes y austriacos, los cuales, unidos á unos pocos compatricios suyos, que tienen una pequeña colonia adosada al convento, han estado largo espacio en el templo rezando y cantando con una devoción que enamoraba. Al partir se han arrodillado todos delante del P. Presidente ó Guardián para recibir la bendición.

San Juan en la Montaña, 27 Abril.

A media tarde salimos de Emmaús, en compañía de P. Lector y dos novicios de San Salvador, y á las seis llegamos al humilde pueblo, patria del *profeta y más que profeta*, San Juan. Está situado en una montaña rodeada de otros montes más elevados, y de los setecientos habitantes que contiene no hay más de cien que sean católicos. La iglesia del convento se levanta sobre las ruínas de la casa de los padres del Precursor, que nació en un aposento cavado en la roca. El lugar del nacimiento recuerda el de Bethleem, por estar cubierto de granito, bajo la mesa de un altar, dentro de una estrella de mármol blanco. San Zacarías, á más de la casa que poseía en el pueblo, tenía una masía en el campo en la vertiente de la montaña vecina. A la mitad del camino de las dos, en el fondo del valle, donde se unen, se encuentra la Fuente de la Virgen, porque ella debía servirse de sus aguas en su estancia en la casa de Santa Isabel. Surte abundantemente á aquella vecindad y riega sus huertas y jardines. Bien merece el nombre hebreo de (Aïn-Karim) Fuente generosa, que los moros dán aún al pueblo.

La Capilla del Magnificat.—Fué construída el año 1856, pero su cueva ó pequeño santuario á que más particularmente se dá este nombre, es primitivo y

está cubierto de diversos mármoles finísimos y un bonito cuadro, costeados por españoles. Encima están las ruínas del antiguo convento é iglesia: en frente y á los lados vése un humilde vergel, donde contemplo una palmera, un olivo y dos cipreses, tres árboles que las sagradas letras nos dan como símbolos de la Virgen. A su sombra viven plantas más humildes, pero también muy estimadas de Ella: el árbol cargado de rosadas flores, el romero, el clavel y una siempreviva que yo no conocía.

En este pequeño huerto, que hubo de dar sus flores á María, y sobre todo dentro de la capilla, ¡cuán sabroso se encuentra, cuán dulce é inspirado el *Magnificat,* ese canto divino, brotado de sus purísimos labios, para consuelo de los corazones sedientos de la poesía del cielo! Aquí, en la misma fuente de donde mana, siguiendo la piadosa costumbre de los peregrinos, hemos querido nosotros cantarlo también y, después hemos pedido á la Virgen, reina de los poetas, que nos lo deje cantar un día con Ella en la Gloria.

En el interior de la misma capilla, junto al portal, hay un pozo llamado de Santa Isabel.

Al acabar la visita tomamos el camino de La Cueva, cerca de la cual, á veinte minutos de distancia, encontramos la Roca de San Juan, desde donde, según la tradición, gritaba á la multitud: *Haced penitencia, pues se acerca el reinado del cielo.* Dícese que un moro puso este peñasco en la pared de un horno, mas no podía cocer el pan, pues por más leña

que pusiese no podía calentarlo. Advertido de que podía ser en castigo de la profanación de la Roca de San Juan, lo devolvió á su lugar y el horno volvió á cocer como antes.

La Cueva de San Juan en el Desierto.— Está á una hora de distancia. Tiene cinco metros de profundidad, tres de ancho y dos de altura. Sobre una piedra que llaman el Lecho del Precursor, hay un pequeño y sencillo altarcito sostenido por dos columnitas. Tiene una ventana á la derecha resguardada por una reja como la puerta de entrada. De entre los peñascos que hay sobre la Cueva, salpicados de hierba mora, mana una abundante y rumorosa fuente, que detiene sus aguas ante ella en una mediana alberca, y baja después á regar una escalonada vertiente de bancales llenos de árboles y flores. Entre estas veo la simpática amapola, la margarita, el tomillo, el absintio, la salvia, el hisopo, alelíes, estepa, trebol, aliaga florida y rosas del bosque; entre los árboles, el olivo, árbol dominante en estas vertientes, la adelfa, limoneros, granados, perales, terebintos y algarrobos que los alemanes llaman árbol del pan de San Juan.

Aquí pasó el Bautista la primera parte de su vida; Santa Isabel, que tiene su sepulcro á la parte de arriba, le escondió en tiempo de Herodes; el niño se encontró á su gusto en la soledad, donde, según Orígenes, «el aire es más puro, el cielo está más abierto y Dios más cerca,» y aquí quedó hasta que llegó su

hora. Entonces la voz del desierto fué escuchada á orillas del Jordán y en las ciudades de Judea, é hizo temblar al mismo Herodes en su trono. Según una tradición, volviendo los tres reyes de Bethleem pasaron una noche en esta cueva, y según otra, Juan vió desde ella pasar á lo lejos al pie de la montaña en el valle de Teberinto, al buen Jesús viniendo de Egipto, y le enseñó desde lo alto de una roca una cruz de caña.

San Juan *in montana* es el primer noviciado de los Padres Franciscanos y en él se quedó uno de los seis peregrinos españoles que pasaron con nosotros la Semana Santa en Palestina. Es un joven y simpático marino de Vizcaya. ¡Dichoso él! Ya está en el puerto y nosotros habremos de atravesar algo más que mares y tierras para encontrarle.

Templo del Ecce-Homo, 3 Mayo.

Ligeras como un instante, han transcurrido dos horas en esta bella y devotísima iglesia, después de celebrar en su altar mayor. Este se alza sencillísimo ante un ancho y soberbio arco romano por donde se entra en la sacristía. Sobre él hay una marmórea imagen del *Ecce-Homo,* sola, triste y compasiva, como debió estarlo su divino original allí mismo, mientras Pilato leía la más inicua de las sentencias. Al pie de la cúpula del templo se leen estas tres pala-

bras, que escritas por un judío á sus hermanos y en este lugar valen más que todos los sermones:

Ecce Rex vester.

La mesa del altar y el altar mismo están hechos de seis ó siete piedras del Litóstrotos, y por lo tanto están pisadas por los sagrados y adorables pies de Jesucristo. La iglesia está paralela á la calle y recibe la luz por los lados. Delante de la puerta franca, al entrar en el templo, se presenta en la pared, que es la roca desnuda, una enorme cruz de madera sencillamente trabajada y sin imagen, ornada únicamente del cartel en tres lenguas: *Jesus nazarenus rex judeorum;* quizás Ratisbonne la hiciera poner recordando la cruz que le perseguía con los brazos abiertos unos cuantos días antes de su maravillosa conversión. Junto á la puerta hay una lastimosa Virgen de los Dolores con su hijo en los brazos. En el único altar lateral, sobre un tapiz rojo que recuerda el manto de púrpura, hay un *Ecce-Homo* de medio cuerpo, bien encarnado y de tamaño natural, que recibiendo un rayo de luz de lado, parece talmente que vive aún. Las cruces de las catorce estaciones no tienen otro adorno que el sencillo número en medio, rodeado de una corona de espinas. Esta corona se ve por todas partes como primer motivo de ornamentación del templo. La más hermosa es la de espinas de oro, que sirve de diadema al precioso globo del sagrario.

La iglesia es de piedra y su aspecto es monumen-

tal. Sus blanquecinas paredes están cubiertas de estrechos tapices de color de sangre, recordando á los devotos que es un templo expiatorio. Todo está aquí consagrado á la misma idea. En el pequeño recibidor se ve un gran cuadro representando una gallina llamando á la sombra de sus alas los polluelos que huyen, y debajo se leen estas tiernas y amorosas palabras de Jesucristo, que aquí no se pueden leer sin llorar: *Jerusalem, Jerusalem, quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat filios suos sub alas, et noluisti.* (Matt. 23.)

Oimos la misa de comunidad de las Damas de Sión, cantada por ellas y las pobres huerfanitas á que la congregación está dedicada. Las hay católicas, cismáticas, tanto de rito griego como de armenio; protestantes, judías y hasta musulmanas. Al comenzar la misa cantan la oración de San Bernardo, oyendo la cual se convirtió su venerable fundador; después el *Credo,* y acto seguido de la consagración aquellas palabras de Jesucristo en la cruz: *Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt;* capaces de hacer llorar á las piedras, cuanto más á las infelices que lo cantan, algunas hijas de aquellos que gritaron allí mismo: *Tolle, tolle, crucifige eum, sanguis ejus super nos et super filios nostros.* Acabada la misa cantan el *Magnificat* á su divina Autora.

¡Pobres huerfanitas! ¡Hacen bien cerrando su pe-

queño misal con las gafas de oro de dos oraciones á su Madre celestial, que las ha amparado en sus brazos al morírseles la madre terrena; hacen bien festejando á la Virgen, que las abriga con su manto de reina en esta tierra donde la mujer nace esclava! A las que han tenido la suerte de nacer cristianas, Ella les guiará por los caminos de la vida; á las que nacieron entre herejes y moros, solo Ella podrá salvarlas.

La segunda casa de la evangélica institución de las Hijas de Sión se levanta con su color rojizo en el mejor punto, centro del valle de San Juan de la Montaña, junto á la tumba del P. Ratisbonne y frente por frente de la capilla del *Magnificat,* donde lo deben cantar gustosas como coro escogido de la Madre de los huérfanos y desamparados.

Una de las hermosas industrias de las Hijas de Sión es tejer coronas con retoños del árbol *raamus spina Christi,* á semejanza de la que ciñó la adorable frente de nuestro Salvador, y de ir á coger flores á los lugares evangélicos para venderlas en bonitos álbums y arbitrarse de este modo. ¡Con qué gusto les dejé á esas pobres huérfanas una limosna que me encomendaron tres jóvenes hermanas de una noble y cristiana familia originaria de mi tierra!

Dios les conserve los padres; y á una madre, fervorosa cristiana, que también me encomendó otro donativo para ellas, Dios le conserve los hijos.

Montaña de la Ascensión, 2 Mayo.

No me es posible recordar todo lo que acabo de ver, pero tomaré nota de lo que me venga á la memoria. Hemos comenzado la peregrinación por Santa Ana, grande y magestuoso edificio de piedra del país, hermosamente restaurado por el cardenal Lavigerie. Allí es donde la tradición más común pone el lugar del nacimiento de la Virgen. Cerca de ella, á alguna profundidad, se acaba de descubrir la Piscina probática. Desde su cuna bajamos á su sepulcro, que está en el fondo del Valle de Josafat. Bájase por una larga y magnífica escalera, que tiene á mano izquierda el sepulcro de San José, y á la izquierda, los de San Joaquín y Santa Ana. Tallado en la roca viva, es de un metro de alzada y está cubierto de mármol blanco, dentro de una hermosa capilla que pertenece á los cismáticos. Es la joya de este triste valle, que, habiendo de ser sepulcro de la humanidad, comienza á ser el valle de los sepulcros. Empieza en la Tumba de los Jueces y sigue hacia abajo cubierta de losas sepulcrales: á la parte de Jerusalem tiene la de los moros, entre las cuales hemos oído cantar elegías á un marabut; á la parte izquierda tiene las de los judíos, como si esperasen ver desde la tumba la Ciudad Santa. Abajo, hechos de un gran trozo de piedra viva, blanquean los sepulcros de Zacarías, *occisus inter templum et altare:* el de Josafat y el de Absa-

lón, que tiene una abertura á la altura de tres metros, por donde los muchachos echan piedras y maldiciones al perverso y desnaturalizado hijo que persiguió á su padre. Montaña arriba está la Tumba de los Profetas.

Getzemaní.—Al lado mismo del sepulcro de la Virgen se abre en la roca la cueva de Getzemaní; es honda y triste y los Padres Franciscanos la han convertido en capilla. Entrando al Huerto se encuentra la Roca de los Apóstoles, donde Jesús dejó á los tres predilectos, diciéndoles: *vigilate et orate,* y el corazón se vá hacia los siete colosales olivos, testigos mudos de las tristezas del Hombre-Dios, en la última vez que hubo de visitarlo; sus nudosas raíces se regaron con sus lágrimas y su sudor de sangre, y, después de diez y nueve siglos, aún verdean, como si en la hora de la muerte Él les hubiese concedido la inmortalidad. Fuera del cercado del jardín se enseña el lugar donde Jesús recibió el beso del sacrílego Judas, con aquella palabra capaz de romper una piedra: *¿Amice ad quid venisti?* Más abajo está el Puente del Cedrón, donde, al arrojarlo desde arriba los judíos, se estamparon sus sagradas rodillas en la piedra. Desde aquí, abandonado por todos sus discípulos (aún se enseña el sepulcro donde se escondió San Jaime), fué llevado á Jerusalem, donde ya no entró como tres días antes, en el día de su triunfo, por la Puerta Dorada, sino por la Sterquilínea!

A los primeros pasos de la subida de la montaña de los Olivos, á mano derecha, blanquea una roca,—*Roca Blanca* se llama,—donde, según tradición, Santo Tomás, habiendo llegado tarde para asistir al sepelio de la Virgen María, recibió de sus propias manos una cinta misteriosa, que aún se conserva en Prato de Toscana.

Dominus flevit.—Son las ruínas de una mezquita que fué iglesia en el lugar donde Jesús lloró viendo la Ciudad Santa (Lucas, XIX): *Y acercándose Jesús á la bajada del monte de las Olivas, la turba de los discípulos, llenos de alegría, comenzó á alabar á Dios, en voz alta, por todos los prodigios que habían visto.*

Diciendo: *Bendito quien viene rey en nombre del Señor; paz en el cielo y gloria en las alturas.*

Y acercándose á la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo:

Si tú también conocieses, al menos en este dia que te es aún concedido, lo que te importa; mas ahora esas cosas están escondidas á tus ojos.

Dias vendrán; y tus enemigos te cercarán de fosos y te estrecharán por todas partes.

Y te echarán por tierra á tí y á tus hijos, y no te dejarán piedra sobre piedra, porque no

has querido conocer el tiempo en que has sido visitada.

Bethphagné.—Ruínas de un pueblo donde Jesucristo, el domingo de Ramos, envió á buscar para su triunfo el humilde jumento. Se acaba de descubrir una gran ara ó altar de roca fonje, donde se ve, entre otras pinturas medio borradas, al buen Jesús subido sobre el jumento y rodeado de sus apóstoles.

En el lugar donde Jesucristo enseñó el Padrenuestro á sus discípulos, la Princesa de la Tour d'Auvergne ha hecho un hermoso claustro, al rededor del cual se lee en treinta y dos lenguas esa oración divina. No lejos de allí está la capilla donde los apóstoles se reunieron para dictar el Credo, antes de separarse y emprender la conquista del mundo. Los dos memorables lugares están incluídos dentro de un convento de monjes carmelitas, que se deben deleitar, rezando esas dos oraciones en el lugar donde se rezaron por vez primera.

Monte de los Olivos.—Acabamos de subir. Los árboles que le dan nombre, como á *Getzemani* (prensa de las olivas), abrigan aún alguno de esos campos y le manchan de cenicienta verdura. Corona su cima el pueblo de Zeitun; en medio del pueblo se levanta, dentro las ruínas de una gran basílica octógona, edificada por Santa Elena, una pequeña mezquita dedicada por los musulmanes á Jesús, pues creen, como

nosotros, en el misterio de la ascensión del Hijo de la Virgen. En el centro de la Basílica, bajo mismo de la cúpula que, según tradición, quedaba siempre abierta, retirándose por sí mismas las piedras que ponían para cerrarla, como para dejar libre por los aires el camino de Jesús resucitado, rodeada de piezas de mármol blanco, se ve impresa en la roca su divina pisada, mirando á occidente. Desde allí levantó el vuelo el Hijo de Dios, al volver á los brazos de su Padre celestial, y allí es, según creencia común, donde bajará el último día de los tiempos á juzgar á los vivos y á los muertos, y á pesar lo que dejaron de polvo ó de perfume todas las generaciones de la tierra.

Una vez al año, el día de la Ascensión, la mezquita se transforma en Iglesia católica: sus paredes se cubren de tapices, y en el centro, sobre aquella pisada tan dulce de besar, se coloca un altar en que los PP. Franciscanos celebran un solemne oficio. Después, de prisa y corriendo, apagan los cirios, deshacen el altar portátil, descuelgan los tapices; y el sacratísimo templo de la Ascensión ¡vuelve á quedar, ¡noramala! en manos de moros!

Estaríamos aquí toda la tarde, mas el llavero, que también es moro, nos saca fuera, cansado de esperar á la puerta, que acabásemos de besar la Roca y de hacer nuestras devociones, y haciendo sonar las llaves, que para mí tenían sonido de cadenas, nos muestra un panorama que no tendrá igual en la tierra.

«Al Oriente, tras desnudas y desiertas montañas, contémplanse el Valle del Jordán y las profundas aguas del Mar Muerto, que se divisa entre los altos y bajos de los promontorios, bajo los rayos del sol, ardiente como un estanque de metal fundido. A la otra parte alzan sus crestas los montes de Arabia, inmensos muros que separan los desiertos de Moab del actual desierto de la Tierra de Promisión. El monte Nebo se levanta entra las sierras que le rodean, desnudas de vegetación y hendidas por numerosas y obscuras tormenteras. La viveza de la luz derrama sobre sus vertientes esa indefinible tinta que tantas veces admiramos en los paisajes del Líbano y en la llanura de Balbek. El Jordán, merced á los árboles que sombrean sus márgenes, forma una gran raya verde en medio de la árida comarca donde tuvieron lugar las primeras escenas de la historia del mundo. Al Norte los montes de Efraim, coronados por las ruínas y mezquitas de San Samuel, se unen con los de Hebal y Garizim, en el centro de la Samaria. A Poniente se contemplan al pie del valle de Josafat, los monumentos y planicies de la ciudad, cuyas casas podrían contarse. ¡Con qué deleite se extiende la vista desde el monte Sión hasta el Calvario, desde el punto que ocupa el templo de Salomón hasta la Torre de David! El antiguo y el nuevo Testamento, la historia de cien pueblos mezclada con las cenizas de esa ciudad, se manifiestan á mi presencia; no permita el cielo que me olvide de esa gran página ni de sus divinas enseñanzas.»

He copiado esta descripción de Mislim, por no privar al lector del magnífico panorama de que nos priva á nosotros el fortísimo viento de esta tarde, que envuelve á Jerusalem, la Judea y sus inmediaciones con una nube de polvareda; digno manto de esa tierra de ruínas.

Circunscribiéndonos á la ciudad, qué tristes reflexiones me inspira lo poco que veo! Su templo y edificio más soberano es el de Omar, que tiene su asiento donde lo tenía el de Salomón, y la media luna corona la roca de Sakhra, que fué, según se juzga, el lugar del *Sancta Sanctorum*, donde estaba guardada el Arca Santa. El Santo Sepulcro se vé pequeño, insignificante, detrás de él y ¡ay! el Santo Sepulcro no es de los católicos. Cuatro sectas nos disputan su posesión, y los protestantes, si no están fuera aún, no están muy lejos. Dos ó tres templos suyos se levantan aquí y allá como blancos espectros, y las ruínas del templo, que están en su poder á las puertas del Santo Sepulcro, parecen llorar y crujir, al pensar que hoy ó mañana pueden verse en poder de los sectarios de Lutero. Al pie de la montaña de Sión se muestra orgullosa una gran sinagoga de las muchas que hay en la ciudad, y la iglesia de San Salvador está tan escondida entre los tejados, que se necesitaría el hilo de Ariadna para encontrarla desde aquí. Se escuchan muchas voces de muezín y pocas de campana, y la Cruz, el signo adorable de nuestra redención, parece estar á la sombra de la

fatídica y aborrecida media luna. Jerusalem, que no quiso por esposo á Jesucristo, es esclava de Mahoma.

¡Oh! si yo pudiese gritar á la Europa católica, si la pudiese mostrar este doloroso espectáculo. Mira, le diría, eso es obra tuya. Tú eres hija de Jesucristo. El amor suyo, que rehusó la ingrata Jerusalem, te lo dió todo entero á tí. Por dirigirse á tí, le volvió la espalda á ella, al morir en el Calvario y al subirse al cielo en la vecina Roca de la Ascensión. Jesucristo te ha sacado de la barbarie y te ha hecho reina del mundo. Él ha permitido que le representases en la tierra, según la expresión del poeta Alexandri, y en prenda de su amor infinito, te hizo guardián de su cruz, de su cuna y de su sepulcro, y de los lugares santificados con su divina presencia. ¿Por qué hoy te lo va tomando todo? ¿Por qué ha dado á los cismáticos el lugar donde se cortó el árbol de la cruz, los conventos de Lidda, San Elías y San Sabas; los sepulcros de la Virgen María, de San José y los de San Joaquín y Santa Ana? ¿Por qué ha compartido entre las sectas anticatólicas el santo Sepulcro, dejándote á tí la mínima parte? ¿Por qué les ha dado la cuna de Bethleem, donde nació, y la roca del Gólgota donde quiso morir? ¿Por qué entrega á la guarda de los hijos de Mahoma esa Roca de las olivas, la última cosa que pisó en vida? ¡Por tu ingratitud! Bien puede dirigirte á tí la queja que lanzó á la ciudad deicida: *Jerusalem, Jerusalem, ¡cuántas veces he querido congregar tus*